

## **Primera parte**

Era domingo, septiembre de 1992, poco antes de las siete. La noche anterior había salido, la última hora la pasé en una farmacia transformada en bar en Tollbugata, pero no me fui a casa con nadie. En aquella época, en ese año, casi resultaba extraño, porque no era infrecuente que bajara al centro de Oslo y, contra mi tendencia natural, fuera a bares y cafés, entrara por la puerta de esos locales cargados de humo, alborotados, en los que de repente me sentía como en casa y, contradiciendo en eso también mi naturaleza, mirara minucioso a mi alrededor pensando: dónde dormiré esta noche. Al abandonar el café o el pub o el bar unas pocas horas más tarde, rara vez lo hacía solo. Cuando dejé atrás esos meses había estado en más habitaciones, más casas, más barrios de los que hubiera creído posible para un hombre como yo. Pero aquello se acabó sin más; había querido ser como una hoguera, pero ahora en mi hoguera había más cenizas que llamas.

Por eso, esa mañana, cuando sonó el teléfono, estaba en mi propia cama. No me apetecía responder, me sentía

radicalmente cansado. Había bebido, sí, pero no mucho, y segurísimo que nada después de las once. Para regresar del centro había tomado el autobús de Tåsen, me había bajado en el cruce donde ahora hay una rotonda y desde ahí había seguido a pie, pasando por delante de la iglesia de Sagene hacia Bjølsen, bajo la lluvia ligera. Cuando entré en mi apartamento me encontraba bien, así que ahora no debía tener alcohol en la sangre.

Eran los sueños los que me agotaban. No es fácil explicar aquí, sin haber pasado de la página dos, qué tenían los sueños para dejarme tan exhausto, tendré que volver sobre esto.

Mi intención era quedarme en la cama al menos una hora más, luego levantarme, poner a hervir agua para el café, sentarme al escritorio y, a ser posible, escribir un par de horas, aunque fuera domingo. Pero el teléfono no se rendía. Me levanté de la cama y fui corriendo al cuarto de estar para responder, lo hice porque casi parecía punible dejar que sonara sin hacer nada. Siempre he tenido y sigo teniendo la sensación de que estoy obligado a contestar, de que pueden llevarme a juicio si no lo hago.

Era la voz de Turid. Hacía ya un año que se había marchado con las niñas y se había mudado a un adosado de Skjetten. Estaba llorando y, por lo que pude interpretar, se tapaba la boca con la mano para amortiguar el sonido, y entonces dije, Turid, qué pasa, pero a eso no quiso contestarme. ¿Estás en casa?, dije, pero no, no estaba en casa. Pero Turid, entonces dónde estás, dije, pero ella no

lo sabía. No sabes dónde estás, dije, y ella lloró y dijo, no. No sabía dónde estaba.

Joder, pensé. Si llora de ese modo y no está en casa, dónde están las niñas. Que son tres. Conmigo no, eso era evidente, y su abuela estaba en Singapur. Mi madre estaba muerta, mi padre estaba muerto y mis hermanos estaban, la mayoría, muertos. ¿Quieres que vaya a buscarte?, dije, porque supuse que no tendría coche allí donde estuviera, y ella seguía llorando y dijo, sí, por eso llamo, no tengo a nadie más, y pensé, si no tienes a nadie más es que no tienes gran cosa. Pero no fue eso lo que dije, dije, pero entonces tengo que saber dónde estás. Cómo es el sitio en el que estás. Hay una estación de tren, lloró, es amarilla, pero no hay trenes. Bueno, dije, a lo mejor es un poco temprano, al fin y al cabo es domingo, y entonces ella dijo, no, no quiero decir eso, quiero decir que no hay vías por las que pueda pasar el tren.

Me quedé pensando dónde podría ser, no había muchas opciones a una distancia razonable, tenía que ser Bjørkelangen, no se me ocurría otro sitio. Dios, eso estaba a cincuenta kilómetros, tal vez sesenta, por qué estaba allí, sin coche, sin nadie, a esas horas. Pero no podía preguntárselo, no me concernía, tenía que ocuparme de mis cosas, como hacía casi siempre. Al fin y al cabo todo lo demás había pasado, se había terminado. Ni siquiera lo echaba de menos, pensé, ya no, después de un año tan largo, pero cuando ya lo había pensado no pude afirmar con seguridad que fuera cierto.

Sé dónde estás, dije. Salgo en cinco minutos. Gracias, dijo ella, y yo dije, se tarda un poco en llegar hasta allí.

Lo sé, dijo, y pensé, cómo puede saberlo si no tiene claro dónde está.

Una cabina roja, una estación de tren abandonada y pintada de amarillo que probablemente podía ver desde la cabina. Si tenía razón, no resultaría tan difícil. Claro que podría tratarse de otra estación de tren abandonada, a muchos kilómetros en otra dirección, pero no se me ocurría ninguna.

Me di una ducha rápida, me puse la cazadora a lo James Dean y bajé al trote por las escaleras con medio panecillo en la mano, en dirección al parking que había junto a la parada del autobús, delante del bloque de ladrillo amarillo donde vivía, en la plaza Advokat Dehli en Bjølsen, y me metí en mi viejo coche familiar, un Mazda 929 color champán.

Llegué en tres cuartos de hora. Rápido. Ir más rápido hubiera supuesto pena de prisión.

En el cruce de la gasolinera, de camino a Bjørkelangen, giré a la izquierda y bajé hasta el final, pasando por delante de la cooperativa agrícola Felleskjøpet, con el logo amarillo pintado directamente sobre los silos de grano, altísimos, cilíndricos, en el centro una espiga de trigo, a cada lado las letras F y K en verde. Al llegar al siguiente cruce giré a la derecha por Stasjonsveien, donde se encontraba el pequeño hotel con la cafetería; todas las ventanas estaban oscuras, ni una lámpara encendida, así que supuse que lo habrían cerrado desde la última vez que había estado allí, no sería nada extraño, porque cómo iba a salir rentable un hotel en Bjørkelangen.

Calle abajo, un poco más allá, estaba la cabina telefónica roja, según lo previsto, no muy lejos del edificio de la vieja estación. Fui hasta allí, aparqué enfrente y me bajé, había una parada de autobús, la última parada, parecía, pero a Turid no la vi.

No había ningún autobús en la parada, el silencio era total, y mi coche era uno de los tres aparcados junto a la estación. Los otros dos eran una berlina y un familiar, los dos Volvo, los dos azules, ninguno de ellos nuevo. En Bjørkelangen seguro que todo el mundo sabía de quién era cada coche, y el Mazda llamaba la atención con su semioxidada decadencia color champán y una matrícula que nadie había visto antes por la zona, y puede que un residente le dijera a otro, de quién coño es ese coche, al verlo por la ventana desde una de las casas vecinas. La idea me puso nervioso. Era cuestión de entrar y salir deprisa, por supuesto que ella no estaba ahí, fuera, junto a la fachada principal de la estación, expuesta a todas las miradas, así que di la vuelta a lo que estrictamente era la parte delantera, o al menos lo había sido en los tiempos en los que las vías llegaban brillantes por el roce hasta esta estación desde el oeste, desde Sørumsand, para aparecer poco después al otro lado, esta vez con el tren encima y el revisor dejándose caer desde el estribo con su ondulante bandera verde en la mano, con el silbato en la boca, ¡vamos!, ¡vamos!, pitando de nuevo, estaba orgulloso de ese silbato y del sonido que producía, cualquiera lo estaría.

Pero la vía era estrecha y había perdido la batalla por el futuro hacía ya una generación o más, aunque de todas maneras dos o tres décadas antes el tren todavía llegaba

allí, a Bjørkelangen, sin sospechar nada, y seguía lanzado hacia Skullerud, en el sur, hacia el lago y el barco de vapor que podía llevarte navegando a través de las esclusas desde las profundas tierras del interior hasta nada menos que Ytre Oslofjord, y desde allí a cualquier lugar del mundo, a España, a América, si era ahí donde querías ir, y tampoco estaba muy lejos ni de Sørumsand ni de Skullerud, donde se habla casi el mismo dialecto. Hacía mucho tiempo que habían arrancado las vías, se las habían llevado como chatarra y no las habían sustituido por otras.

Estaba sentada en la hierba, con la frente apoyada en las rodillas, en la ladera del riachuelo que yo sabía que se llamaba Lierelva. Lo sabía todo de esos lugares repartidos por una amplia zona de Østlandet. Los había cruzado en coche, había pasado por delante de ellos en innumerables ocasiones, solo, de día y de noche, algunas veces con las niñas en el asiento trasero, las tres o solo una de ellas, habitualmente Vigdis, que era la mayor. Había conducido y conducido hasta hartarme; ahora mismo estaba increíblemente harto. De las carreteras. De los coches, de los Mazda y de los Ford, de Opel, de cualquier marca, de los coches con cambio manual y de los automáticos, de los coches de gasolina y de los diésel, de los silenciosos y de los que soltaban un humo negrísimo sobre el asfalto, un rastro miserable, a través del tubo de escape. No había echado la cuenta de cuánto CO<sub>2</sub> emitía en esos viajes, seguramente una cantidad criminal y, sinceramente, me torturaba y pensaba en ello con frecuencia, me quedaba despierto por la noche contando los litros de combustible, calculaba en sueños los

metros cúbicos de emisiones, pero qué iba a hacer, ¿tomar pastillas? Cómo de contaminante sería la industria farmacéutica. Seguro que muy contaminante, a pesar de que yo no sabía con qué sustancias y de qué manera; vertidos tóxicos, mierda en el aire o solo un narcótico y generalizado destrozo.

Lo que podría haber hecho en aquellos días era llevar un diario. Se habría convertido en un libro de varios cientos de páginas, podría haber resultado interesante, pensé, desde un punto de vista geográfico, topográfico, no digamos biográfico, estaba nervioso, llevaba así mucho tiempo, y en ese estado no resultaba fácil mantenerse alejado del coche. Durante el último año lo había utilizado como droga. Dónde iba a meterme si no por las noches. El centro de Oslo o el coche, y con la misma frecuencia con la que iba al bar, salía y me sentaba detrás del volante.

Veía por sus hombros que seguía llorando, y pensé: cómo puede durar tanto. No era fácil entenderlo. Pero tampoco sabía qué había ocurrido y no tenía intención de preguntárselo, era su vida, no la nuestra.

Después de un intento fallido y sin sentido de cargármela sobre el hombro, pude ayudarla a meterse en el asiento del copiloto. No fue fácil, tenía las piernas de goma, sin articulaciones perceptibles, y al principio creí que estaba borracha, seguro que se había emborrachado, puede que mucho, pero ya no lo estaba, dijo, perdóname, Arvid, varias veces, y yo dije, relájate, Turid, va todo bien, a pesar de que hubiera ido todavía mejor si no se hubiera relajado tantísimo. En toda nuestra larga vida juntos nunca la había visto en aquel estado, y ahora me



veía obligado a abrazarla, pero ya no sentía su cuerpo como antes, era desconcertante, había contado con sentir al menos un cierto grado de reconocimiento en las palmas de las manos, o algo que se pareciera a eso, pero ahora sentía su cuerpo como algo privado y a la vez más diáfano, sí, precisamente eso, no era un cuerpo que se estuviera alejando, sino un cuerpo totalmente nuevo y diáfano que se acercaba, pero de ninguna manera era ese el estado de las cosas, ella no venía hacia mí, por eso tenía que colocar las manos de forma que no quedaran en lugares donde habían estado antes, solo había pasado un año desde la última vez, pero no podía recordar si entonces la abrazaba, seguro que no, en aquella época tenía demasiado miedo, encerrado como estaba en mis asuntos, si la hubiera abrazado podría haber ocurrido cualquier cosa.

Aparqué junto al chalet adosado contiguo al suyo para que fuera más fácil tomar el camino más corto, cruzando el césped, hasta el piso en el que vivía, en un extremo de la casa, y evitar así que nos vieran los vecinos más próximos y, probablemente, cotillas. Supuse que era importante. Quieres que entre contigo, pregunté, y al momento pensé que no debía haberlo hecho porque yo no quería. ¿Quieres?, dijo ella. No hay problema, dije, y ella dijo ¡oh!, eso estaría muy bien, con un tono de agradecimiento casi entrañable; y me sentí molesto, me parecía humillante, me enfadé, por teléfono había dicho que solo me tenía a mí, pero yo no quería ser su caballero andante, su salvador, y no recibir a cambio nada más que agradecimiento. Para qué quería yo su agradecimiento. Un año antes, la última vez que estuvimos cara

a cara en el apartamento que compartíamos en la plaza Advokat Dehli en Bjølsen, ella sonrió y me dijo con un aire casi melancólico, yo estaba tan segura de que íbamos a envejecer juntos, y sus amigos, que no eran amigos míos y que eran varios años más jóvenes que yo, como también lo era Turid, esperaban en la acera junto a la furgoneta cargada hasta arriba, una Volkswagen Caravelle, lo recuerdo bien, era amarilla y chillona, y ahí fuera, donde estaban sus amigos, hacía sol, y caí en la cuenta de que su ropa era especialmente colorida, casi hippie, yo nunca me pondría ropa como esa, y dije, entonces estás obligada a darme lo que va antes, lo que viene después de este momento pero antes de la vejez, lo que hay en medio, pero eso no quería dármelo, dijo, no podía.

Pues vale, joder.

Pero era cierto que durante el último año que vivimos juntos los días y las noches se habían fundido tan despacio que al final llegaron a detenerse por completo y todo quedó en suspenso, y por las noches cada vez era más frecuente que yo no pudiera acostarme en la cama en la que ella ya se había acostado una hora o más de una hora antes. Nos habíamos convertido en imanes de idéntico polo vueltos el uno hacia el otro, positivo con positivo, negativo con negativo; podía acercarme a ella y en el mismo instante verme lanzado fuera del dormitorio al pasar por la puerta, impelido de espaldas hacia el salón como si me hubieran dado un golpe fuerte en el pecho, deslizándome por el suelo hasta chocar contra la pared del fondo, eso ocurría una vez tras otra,

y al final opté por quedarme en el sofá escuchando los discos que ella bien podía reconocer a través del tabique. Era la música de cuando pasábamos mucho tiempo juntos y yo todavía no sabía quién era ella, quién se ocultaba en su cuerpo, ni ella quién era yo ni quién se ocultaba en el mío, y lo único que deseábamos era descubrirlo, porque en aquel tiempo yo fluía, me había desprendido a cuchillo de lo que había sido, estaba enamorado, por eso eran *esos* los discos que ponía. Pero poco a poco también desistí de los discos y, bien pasada la medianoche, bajaba hasta el portal por las escaleras alicatadas con los azulejos marroquíes rojos y azules de más de cien años, muchos de ellos rajados, que tanto me gustaban y salía por el portón trasero del patio, donde el viejo establo se había reconvertido en garaje para el vecino más veterano, un hombre que todos los domingos se ponía un absurdo e impecable mono y se subía a una banqueta en el patio empedrado para dar cera al anti-quísimo Volvo Duett que, hasta donde yo sabía, no había movido ni un metro. La oscuridad era absoluta una vez atravesaba la puerta camino del Mazda que tenía aparcado en la zona delimitada delante del portal, solo a un par de metros de la parada del autobús. Me sentaba en el asiento del copiloto, lo echaba hacia atrás todo lo que se podía y me quedaba a medias sentado, a medias tumbado, bien arrebujado en el cálido abrigo, con la intención de, a ser posible, dormir un rato miserable tras el día que había sido un regalo de Dios, claro, se supone, hasta que los primeros autobuses bajaban por la cuesta desde la explanada de la cima, donde el gran hangar de los autobuses se levantaba entre las sombras, las pistas de atletismo y la fábrica de margarina compar-

tiendo las mismas sombras. Los autobuses llegaban casi invisibles y silenciosos a la parada, se detenían y abrían las puertas con un sonido que me resultaba fácil recordar después, un ruido discreto, ligero e íntimo, tan pegado a mí, y al abrirse exhalaban un aliento blando y bien engrasado, porque los autobuses probablemente eran nuevos, y después oía los pasos adormilados de los que iban a ponerse en marcha, dos escalones arriba y un paso al frente, hacia el conductor, delante de todo, y la conversación en voz baja, cada palabra a fuego lento como si fuera el rescoldo de la hoguera del día anterior, todos ellos sonidos que rara vez escuchaba nadie que no fuera como yo. Podía imaginarlos a todos, los coches aparcados en lugares como este, en calles y carreteras, junto a paradas de autobús, en garajes y patios, ocupados por hombres en mi situación, a medias tumbados, a medias sentados en su asiento con el abrigo puesto, el abrigo y el coche pegados al cuerpo, tratando de dormir un par de horas solos, sintiendo por fin que unas manos suaves, unos cabrestantes silenciosos, los recogían en la noche negra, los imaginaba uno detrás de otro, formando largas filas, parachoques con parachoques, pintura con pintura, una comunidad clasificada por edad del hombre y marca del coche, todos esperando casi la extremaunción, el exterminio, durmiendo en posición fetal con las mejillas sin afeitar sobre los fríos y duros dorsos de las manos, respirando apenas en la gélida oscuridad.

Ni una sola vez se me pasó por la cabeza que ella pudiera bajar las escaleras, cruzar la oscuridad del patio vestida solo con el camión y las botas, abrir la puerta del

coche y pedirme que volviera a entrar, que subiera a la cama caliente; que dijera, pero Arvid, no puedes estar ahí sentado, hace mucho frío, por qué no vuelves a casa, que se está caliente. Eso lo hubiera cambiado todo. Pero solo cuando comprendí que no se me había ocurrido la posibilidad de que pudiera bajar, y que tampoco recordaba haberlo deseado una sola vez, solo entonces me di cuenta de que estaba todo perdido.

Ahora la seguía por el césped hacia el chalet adosado, mis zapatos se hundían en la hierba blanda y los suyos también porque el suelo seguía húmedo tras la noche y la lluvia, y desde detrás podía ver la carrera que le recorría la media derecha por el muslo hasta la corva, donde la piel estaba al descubierto, una ancha franja blanca y mate, la tela brillante a ambos lados, y pensé, cuándo empezó a llevar medias como esas. En mi época no, eso seguro, y antes de mí no había habido nada; antes de ti no hubo nada, me había dicho una mañana temprano, la primera primavera que pasamos juntos, y recordé cómo se me enrojecieron entonces las mejillas, el orgullo infantil que sentí. Pero ahora era incapaz de no mirar fijamente la piel de sus muslos por detrás, a través de la media rota, fue como un repentino golpe en el estómago, como una columna roja que llegaba hasta mi cabello corto, pero ella no podía verlo, no podía verme a mí, mi mirada, sino que caminaba ajena a todo hacia la casa por el césped, abatida, y era un sentimiento difícil de reconocer, era difícil recordar si lo había sentido antes, hacía un año o más, o si había estado allí desde el principio. Sentía los golpes. Pero sabía que no, que esto era otra cosa, que podría haberme avergonzado de este sen-

timiento al verla como la veía ahora, muy de cerca, la espalda encorvada, las palmas de las manos desiertas.

Nos metimos en el recibidor, cerré la puerta a nuestra espalda y ella se apoyó en la pared y cerró los ojos, y algo desconcertante salió a mi encuentro allí, en la entrada, porque a pesar de que era ella, con quien había estado casado tantos años, quien vivía en ese piso, y mis tres hijas, mis propias hijas, quienes vivían allí también, el ambiente, el aire, el olor, todo lo que podía sentir, tocar, y todo lo que podía ver me era por completo desconocido. No reconocía nada, lo que no era tan extraño puesto que nunca había estado en esa casa, me había negado con decisión a cruzar el umbral y siempre me había quedado esperando en el acceso empedrado, al sol o bajo la lluvia, o dentro del coche en el aparcamiento, hasta que las niñas doblaban la esquina con sus bolsas de viaje, con la ropa de repuesto y tal vez las cosas del colegio, y a pesar de eso había esperado encontrar *algo* que no se hubiera esfumado, un último resto de lo que yo era, algo que las cuatro se hubieran traído hasta aquí, cada una a su manera, desde Bjølsen, aunque solo fuera en forma de una carencia perceptible, una botella que todavía no se había vuelto a llenar del todo. Pero allí no había nada. Como si me hubieran exterminado.

Tuve que ayudarle a quitarse los zapatos, no pudo sola, se agachaba y se caía, sin más, y entonces aparté la pequeña cómoda situada bajo el espejo y la ayudé a levantarse del suelo y dije, tienes que sentarte aquí, Turid, y ella se sentó, me arrodillé para desatarle los cordones, una imagen icónica, quiero creer, pero tam-

bién una pose en la que no me habían visto antes, arrodillado ante ella, a pesar de que habíamos estado juntos quince años.

Entonces se inclinó hacia delante con una mano en mi hombro, luego la mano se deslizó despacio tras la nuca, su cabeza se deslizó detrás, y en su descenso el cabello me hizo cosquillas en la oreja. Al final tenía todo el peso de su frente sobre mi hombro, a un lado, y el brazo derecho colgaba suelto por encima de mi espalda al otro, un abrazo, si quieres, era difícil llamarlo de otra manera. Era una circunstancia peculiar. No decía nada, no se movía, su mejilla muy pegada a la mía, su respiración cálida colándose bajo mi chaqueta, por mi nuca, bajando por la piel, entre mis omoplatos. Lo notaba perfectamente. Ya no lloraba, cada inhalación llegaba cuando correspondía, en orden, y resultaba doloroso, no podía mover más que los dedos alrededor de los cordones, y pensé, se habrá dormido en mi hombro, de pronto estaba tan silenciosa, te has dormido, Turid, pregunté. No, no duermo, respondió ella casi al interior de mi oreja, ¿puedo quedarme así sentada un poco?, y yo dije que no había problema, puedes quedarte así, dije. Claro que había problema, pero qué demonios iba a decir.

Después de quitarle los zapatos, la sujeté y la ayudé a llegar hasta el cuarto de estar, y me pregunté si debía ayudarla a llegar a la cama, era evidente que ese era el lugar que le correspondía ahora, pero no aguantaba ver su cama, o seguramente quería verla, lo desconocido que había en ella, lo nuevo, tan dolorosamente atractiva, el golpe en el estómago que se produciría sin falta, pero no

podía, a pesar de que lo deseaba con todo mi ser tenía que salir de allí, tenía que alejarme.

Entramos, la solté con cuidado y la dejé caer despacio delante del sofá para que pudiera sentarse, pero ella siguió deslizándose hasta llegar al suelo y se quedó de rodillas con el cuello doblado, las palmas de las manos apoyadas, plantadas sobre la alfombra, y se puso a llorar de nuevo, luego hizo un esfuerzo por controlarse y gateó unos pocos metros hasta sentarse de espaldas a la pared, entre la puerta de la cocina y una cajonera que solía estar en el recibidor del piso de Bjølsen, la había pintado de un azul intenso, seguramente para eliminar todos los recuerdos, apenas la reconocí.

Podría haberme sentado en el sofá, hubiera resultado fácil, puede que normal, pero no me senté, me quedé de pie, dije, Turid, dónde están las niñas. Qué, dijo ella. Dónde están las niñas, dije yo. Ah, las niñas, están en casa de una amiga. Pronunció un nombre. No me gustó nada. Por qué estaban con ella. Por qué están allí, dije, y ella dijo, fue la única que dijo sí. Y querían ir, pregunté yo. No mucho, dijo Turid. Dejó caer la frente sobre sus rodillas. Turid, ¿quieres que vaya a buscártelas? Me pareció que tenía que preguntárselo, me sentía intranquilo. ¿Quieres?, dijo ella. Sí, no hay problema. Muchas gracias, eso estaría muy bien, dijo ella. A lo mejor podrías esperar a esta tarde. Bien, dije yo, esperaré. En realidad no tenía ganas de esperar, pero todavía era por la mañana temprano. Turid, dije, ¿hay algo que pueda hacer por ti antes de marcharme? Me mostró su rostro, estaba empapado en lágrimas, y dijo, debes marcharte ya, y dije que sí, que debería. Pero desearía que te que-



daras, dijo ella, y yo dije, puede que lo comprenda, pero no creo que deba hacerlo. Me gustaría que te quedaras, dijo ella, hay cosas de las que quiero hablar contigo, no tengo a nadie más, dijo por segunda vez aquel día, y sentí el repentino deseo de estar con ella, no con quien era cuando estábamos juntos, sino con la que era ahora, y sabía bien que se debía a que yo era el fuerte y ella la débil, el cuerpo indefenso, la voluntad doblegada, y dije, pero joder, Turid, no me vengas ahora con tu vida. Y lo decía en serio, no quería nada de aquello.

Durante unos instantes percibí su mirada incrédula antes de girarme, salir del cuarto de estar e ir directo al recibidor, donde la cajonera seguía interfiriendo en mi ruta, la empujé con fuerza a un lado, pero ya puestos podía dejarla de nuevo en su sitio, pegada a la pared, debajo del espejo, donde estaba antes, y eso hice, tan bien alineada como pude, luego cerré dando un portazo y bajé las escaleras. Crucé el césped y me senté en el coche, sentía los latidos golpeándome el pecho y me quedé así unos minutos que se hicieron largos, respirando hondo hasta que el corazón se calmó y estuve en condiciones de arrancar.

## **Segunda parte**

No recuerdo con exactitud la primera vez que cogí el autobús para bajar al centro y caminar por las calles de noche, ir de bares, pasar por tabernas, bares y cafeterías, pero debió de ser poco después de la marcha de Turid, el mismo mes, es lo más probable, y por tanto más de un año después de que el barco ardiera llevando en su interior a mis seres queridos, como dijeron en el telediarrio, sus seres queridos ardieron en un ferri, en un camarote, en un pasillo, se perdieron en el mar, abandonaron esta vida no muy lejos de una tienda *duty-free*.

Lo que recuerdo es ir sentado al fondo del autobús en mi asiento de siempre, bajando de Bjølsen, Sagene, vestido con mi mejor ropa, es decir, el chaquetón marinero, el viejo de siempre, pero con los botones nuevos de latón que le había comprado a una señora muy servicial, junto con hilo y aguja, en la Casa de los Botones, detrás del Congreso, y cada uno de ellos brillaba con su ancla en relieve. Llevaba un pañuelo amarillo al cuello, anudado en la nuca, y unos atemporales pantalones de campana para resaltar el efecto marinero. Me acababa de duchar, el pelo recién lavado, iba a intentar recuperar el tiempo

perdido, fuera el que fuera, tenía treinta y ocho años, todo se había esfumado, no me quedaba nada.

Ya era otoño, o algo parecido, no era fácil saberlo. El caso es que hacía frío. En la parada del autobús, debajo de mi apartamento, me subí el cuello del chaquetón para protegerme del viento del norte, pero no soplaba ningún viento del norte, todo estaba en calma, aunque ese día me pareció que era lo que debía hacer, y era evidente que quedaba mejor.

Cuando bajé del autobús al final de Storgata toda la ciudad estaba cubierta por un cielo negro, pero los escaparates de las tiendas estaban iluminados y las farolas brillaban alineadas junto a las calles por las que fluían los raíles dobles del tranvía, como plata líquida entre los adoquines, en el asfalto, y los luminosos de neón colgaban saturados de amarillo sobre las puertas de la librería, y la zapatería, saturados de rojo y azul en el aire pegajoso y húmedo de Oslo, cada gota coloreada por la llovizna y el reflejo de los colores invertido sobre la acera mojada, y en el espacio denso, casi recargado, entre los edificios, sentí el aire aún más frío sobre mis mejillas mientras caminaba embutido en el chaquetón marinero, pasando por Strøget, pasando el pasaje de la Ópera, llenando los bolsillos con mis manos, y precisamente ahí, en el momento en que me volvía para mirar ese edificio, muy grande pero no muy bonito, me di cuenta de que nunca antes lo había hecho solo, que siempre había bajado en compañía de Turid para encontrarnos con otros jóvenes que conocíamos, comunistas y poetas, sindicalistas, soldados y torneros del astillero Akers Mek. y el taller Myra, para tomar cervezas y discutir de política

y de libros en Cordial, Dovrehallen, Lompa, esa clase de locales, incluso después de haber tenido hijos. Pero poco a poco eso se fue perdiendo. Turid nos dio la espalda e hizo nuevas amistades que no llegaron a ser mías, y en el último año raras veces había bajado a Gamla para cenar con Audun, mi compañero de armas en Veitvet, y menos aún para encontrarme con uno o dos de los escasos amigos que eran solo míos, o que lo habían sido antes de que Turid y yo fuéramos pareja. Pero no solía salir bien. Estaba demasiado alterado, no era capaz de quedarme quieto, siempre tenía que pedir disculpas y salir disparado antes de tiempo, a veces se lo tomaban mal.

En cualquier caso, ahora no tenía ganas de estar con ellos, ni desde luego con Turid, ni con amigo alguno, ni siquiera con Audun, y eso me producía una sensación temeraria. Estar solo en un apartamento era una cosa, en mi propio apartamento rodeado de todas mis cosas, los lomos de los libros, las fotos de las paredes, el buda en el escritorio y la navaja en el sofá, o dentro de un autobús o un vagón de metro, con la bolsa de mi padre en el regazo y un viejísimo ejemplar de los poemas milenarios del poeta chino Tu Fu, o tal vez las *Historias de almanaque*, de Bertolt Brecht, en ese caso una de las primeras ediciones de Lanterne; otra cosa muy distinta era salir al mundo, donde el techo se levantaba, las paredes se abrían hacia el exterior y la ciudad entraba a borbotones. Era arriesgado, pero, honestamente, si todo se torcía, era fácil coger un taxi y estar en casa al cabo de quince o veinte minutos, antes de que el pánico me atenazara. Sería peor en San Francisco, Berlín o Londres, donde ese taxi no existiría.

Pero Oslo era mi ciudad, y creí que iba a salir bien.

Primero pasé por Cordial, en la parte más alta de Storgata, justo enfrente de Hornaas Musikk, donde las guitarras lustrosas, silenciosas, para mí casi guitarras secretas, se alineaban en los escaparates. En el bar había demasiada gente conocida, los recordaba bien, trabajaban en la empresa pública del tranvía o del ferrocarril y habían sido amigos míos, llevaban frecuentando este local una década o más, podía oír entre el barullo y las risas que sus voces eran más broncas que antes. Además, muchos eran de la peña Klanen, lo que en sí mismo no era un problema, yo también era seguidor del Vålerenga y siempre lo había sido, había nacido en ese barrio, me habían bautizado allí, mi padre jugó en el segundo equipo en los años anteriores a la guerra y luego perteneció al coro sénior, que llamaban Gubbelaaget, junto a la iglesia de Vålerenga, y era amigo de los viejos héroes, Tippen Johansen, Kyter, *you name them*, y los que seguían vivos se presentaron en el concurrido entierro con bastón y calvas relucientes. Tu padre era la hostia de bueno, decían, sabía cantar, siempre acertaba con las notas, y con el balón también, dijeron riéndose, tosiendo, y era cierto que cantaba bien, pero no supe qué decirles, que lamentablemente yo no había valorado a mi padre, que no había sabido quién era, ni siquiera que era uno de ellos, de Gubbelaaget, de las leyendas, un orgullo nacional, no había prestado atención, y al salir a las escaleras de la capilla solo dije gracias por venir, ellos levantaron las gorras solo un poco, porque el día era frío, húmedo.

En el interior de Cordial me detuve nada más pasar la puerta y me di la vuelta inmediatamente, volví a salir antes de que nadie tuviera tiempo de gritar, buenas, Knut Hamsun, ven, siéntate aquí, anda.

Nada de lo que había escrito recordaba a Knut Hamsun, desde mi punto de vista no. Pero era eso lo que solían gritar. Buenas, Knut Hamsun.

Hice el camino de vuelta por la acera, hacia Dovrehallen, en el otro lado de Storgata, justo antes de Gresvig Sport, donde me tomé una pinta de cerveza en la galería del piso de arriba. No hablé con nadie, no había ningún conocido, resultaba extraño. No es que me importara, al contrario, pero me equivoqué al sentarme antes de pedir, las mesas más próximas estaban vacías y parecería un pesado si me levantaba sin motivo aparente y acercaba una silla a otros clientes, a pesar de que dos eran mujeres y una de ellas estaba sola en su mesa. No estaba de humor. No bebí más cervezas. Debería haberme echado un libro al bolsillo, una *nouveau roman* francesa, preferentemente de Claude Simon, mejor si era *La ruta de Flandes*, que me gustaba mucho, o algo de filosofía, los diarios de Camus, cualquier cosa, así tendría algo a lo que aferrarme si hacía falta, cualquiera de esos títulos era lo bastante excluyente como para dejarle claro a todo el mundo que quería estar solo. Algo que, en realidad, no quería.

Debería haber pensado en ello de antemano, pero no lo hice. Así que pagué, bajé la escalera y volví a Storgata.

Me quedé un rato desconcertado en la acera. A la derecha estaba el centro comercial Gunnerius y el Teddy's

Soft Bar a la vuelta de la esquina, en Brugata; a la izquierda, Storgata continuaba hasta dar con Kirkeristen y bifurcarse, debías elegir entre el camino que bajaba hacia Jernbanetorget o subir hacia los almacenes Glasmagasinet junto a Stortorget. Pero qué iba a hacer allí. No estaba seguro.

Encendí un cigarrillo, un Blue Master sin filtro, que eran mis cigarrillos para las ocasiones especiales. Me gustaba que el cigarrillo fuera corto y la cabeza de caballo azul rodeada por un círculo blanco del paquete blando, siempre me había gustado, incluso cuando aún no había empezado a fumar, es decir, antes de cumplir los quince. Recordaba todas las veces que mi padre y yo cogíamos el autobús de Grorud desde Veitvet hasta la plaza de Carl Berner y cruzábamos hacia Tromsøgata para hacer transbordo al 21, que entonces todavía era un trolebús, justo detrás del cine Ringen, junto a la pastelería en la que quince años más tarde me darían una bofetada decisiva. Desde ahí el autobús bajaba por Dæleinggata hacia Sannergata, después dibujaba una elipse alrededor de todo el centro de Oslo y por fin nos apeábamos junto al estadio de Bislett, en la misma puerta, para ver al equipo de Vålerenga jugar y perder la mayoría de los partidos aquella temporada. Desde el autobús, que circulaba entre los bloques de pisos de alquiler que flanqueaban el trayecto a Bislett, se podía ver un anuncio de cigarrillos de Virginia Blue Master pintado directamente sobre una casa, la cabeza del caballo enorme llenando todo el lateral, cuatro pisos de altura, e invadiendo mi cuerpo con un subidón que solo un chico en pantalón corto puede sentir, creo yo, una vibración, los pulmones que



se expanden, y mi imaginación salía disparada hacia el gran azul, a las grandes praderas, hacia las nieves eternas.

Me gustaba fumar. A pesar de que hoy, mientras escribo esto, lo he dejado por motivos de fuerza mayor, recuerdo bien los mejores cigarrillos. Me calmaban al momento cuando me asaltaba el desconcierto y después, a lo largo de la vida, los he echado en falta en incontables ocasiones.

Aquella noche, en Storgata, el primer año tras la despedida de Turid, elegí el camino de la derecha por ser el más seguro; era la zona de la ciudad de la que procedía mi padre, y Storgata era su calle principal. Enseguida entré por la puerta de Teddy's, el pequeño local estaba saturado de gente y de denso humo gris hasta el techo, apenas había un angosto sitio libre ante la barra, donde pedí un Ballantine's doble, pero los dobles estaban prohibidos, y en su lugar me sirvieron dos con hielo que agarré con sendas manos, di dos pasos minúsculos hacia atrás mientras vertía uno en el otro, dejé el vaso vacío al borde de una mesa y me quedé con el que estaba lleno pegado al pecho, entre la muchedumbre. Miré a mi alrededor. Había unos tipos que sabía quiénes eran pero no conocía, y de las mujeres no reconocí a ninguna. Un par de ellas daban la sensación de no estar con nadie, pero no me sentí atraído, no me llamaban y, en cualquier caso, el local estaba demasiado lleno, hubiera sido una lucha acercarse lo suficiente y pensé, vale, damos el asunto por zanjado.

Vacíé el vaso deprisa y sentí que el whisky me calentaba el pecho. Di la bienvenida a esa sensación, resulta-

ba muy agradable, y decidí quedarme, pedí otro Ballantine's, esta vez sencillo, *on the rocks*, y bebí despacio mientras esperaba a que tal vez ocurriera algo.

Junto a la pared habían montado un pequeño escenario, era evidente que alguien iba a tocar, apenas cabían una silla roja y un micrófono a escasa altura y un soporte con una guitarra western enchufada a un amplificador con un solo altavoz. Sería por eso por lo que Teddy's estaba tan lleno un día entre semana, porque alguien iba a tocar, quizá una celebridad local, pero yo no había ido para eso, para oír tocar a alguien. Me acabé el whisky, dejé el vaso sobre la barra y pensé que ya era hora de irse, entonces alguien me tocó el hombro. Podría haber sido cualquiera entre aquel gentío, seguramente yo estaba en mitad del camino al baño, pero no, era Randi. Habíamos pertenecido a las Juventudes Rojas en los años setenta, trabajado en la misma fábrica, aunque en secciones distintas, y durante un tiempo tuvimos mucho trato, incluso después de que ella lo dejara y yo siguiera allí, pero hacía mucho que no la veía y estaba seguro de que se había mudado a otra parte del país. Hola, Arvid, dijo ella. Hola, Randi, dije yo. Estás solo, preguntó. La miré. Sí, eso parece. No te habrás divorciado, dijo ella y se echó a reír, parecía que la idea le hacía gracia, estoy de broma, eh, dije, y volvió a reírse, pero yo no me reí, claro, y entonces ella paró. ¿Estás divorciado? ¿De verdad? Ay, perdona, solo estaba bromeando. Puedes bromear si quieres, dije yo, no es culpa tuya, estaría igual de divorciado aunque no bromearas. Pero si siempre andabais juntos, dijo ella, lo hacíais todo juntos. Ah, sí, pregunté. Sí, dijo ella, ¿no es cierto? No, no lo recuerdo.

Pero, dijo Randi, recuerdo muy bien veros pasar desde la ventana, bajando la calle desde la plaza Advokat Dehli hacia el puente de Bentsebrua para coger el autobús número veinte, siempre ibais tan guapos, cogidos de la mano, no conocía a nadie más que fuera de la mano por la calle, dijo Randi. ¿Eso hacíamos?, dije yo, sí, dijo Randi, ¿no te acuerdas? No, no me acuerdo. Pero recordaba bien un día que bajábamos por la rotonda hacia el puente, era domingo, íbamos a coger el autobús y luego el metro para ir a Groruddalen a cenar con sus padres, pero no íbamos de la mano, discutíamos, y más que eso. Fue una nadería que de pronto adquirió dimensiones incontrolables, no entendía por qué y quise evitarlo, dejarlo atrás, pero no supe cómo, éramos como dos ruedas de bicicleta encajadas en el rail del tranvía, me daba miedo pelearme con ella, porque ella no conocía el miedo pero yo sí, y la trampilla estaba a punto de abrirse bajo mis pies. Desesperado, cerré los puños, los levanté, debió parecer una amenaza, porque preguntó, vas a pegarme, vas a pegarme, y de repente me golpeó en el estómago, bastante fuerte, la verdad, pero yo no tenía intención de pegarle, por qué iba a pegarle. No sabía qué hacer, no me había pegado nadie desde primaria, y entonces siempre devolvía el golpe, lo había aprendido de mi padre, siempre tienes que devolver el golpe, me decía, o te perderán el respeto, pero ahora no podía hacerlo, ni quería, y de repente habíamos cruzado una frontera, al otro lado no conocía a nadie. Tal vez debería haberme ido a casa, hubiera sido comprensible, aunque no resultara heroico. Pero me quedé de pie, no hice nada, no dije nada, ella con el rostro pétreo, vuelto hacia el otro lado, yo con el pecho contra la barandilla de

hierro forjado y bajo mí el río efervescente de lluvia que descendía desde las fábricas Lilleborg, por los rápidos, pasaba por delante del taller de Myra, hacia la ciudad y el fiordo. No tenía ni idea de qué decir, no sabía qué palabras podía emplear que no resultaran catastróficas, irrevocables, casi mortales, puede que ya entonces se hubiera acabado. Vigdis ni siquiera había nacido.

Os fuisteis a vivir lejos del centro, dijo Randi, así, de repente, os eché de menos, sobre todo a ti, me parecías divertido entre tanta tontería, y eso me gustaba, porque todo era tan jodidamente serio en aquellos años. Tú y yo nos reíamos mucho, a que sí. Era cierto, pensé. Me reía mucho más con Randi que con Turid. Una vez nos besamos, un beso bastante largo, completamente inesperado, y luego ella se echó a reír y dijo, bueno, pues ya hemos hecho eso también. Qué bien, ¿no? Sí, dije yo, está bien, y lo decía de verdad, pero ninguno de los dos quiso ir más allá. También eso estuvo bien. Pero nos volvimos, dije yo. Sí, cierto, dijo ella, pero ¿hace mucho que os habéis divorciado? Turid se mudó hace un par de semanas, puede que tres. No recuerdo bien. ¿No?, dijo ella, ¿no recuerdas cuándo se mudó tu mujer aunque solo han pasado dos o tres semanas? No, dije yo, no con exactitud, pero han pasado algunas semanas, claro, estoy casi seguro de que fue un jueves. Bueno, dijo Randi, y luego dijo, sé lo del incendio del ferri, lo sabe toda Noruega, lo que pasó allí, con tu familia, con todos, eran ciento cincuenta y ocho, ¿no? Ciento cincuenta y nueve, dije yo, no debemos olvidarnos del último, murió en el hospital. No, por supuesto, dijo ella, en cualquier caso, fue horrible, pero no sabía que te habías divorciado, dos

cosas así, dijo ella, casi seguidas, joder, pobre. Bueno, no fue del todo seguido, dije yo, pero igual sientes que fue así, dijo ella. Y tenía razón. No doy pena, dije yo. ¿No das pena?, dijo ella, no, no doy pena. Vale, y entonces de repente dijo, así que has salido a ligar para llenar ese vacío. Pensé que acababa de decir algo bastante atrevido, dadas las circunstancias, pero me encantó que lo dijese, y me sonrió, seguía teniendo buen aspecto, a su peculiar manera. Sí, dije yo. Vaya, dijo Randi, eso haces. Sí. Entonces se quedó en silencio un buen rato, y estoy seguro de que pensaba, ¿soy yo la que va a llenar ese vacío?, seguía callada, prolongó el silencio, y al final vi que se decía a sí misma que no, no soy yo. Estuve de acuerdo y dije en voz alta: estoy de acuerdo. Entonces primero sonrió y luego se rio. Ah, con que así están las cosas, dijo, y luego añadió: sí, supongo que sí. Pero me gustas. Tú también me gustas, dije yo. Siempre ha sido así. Lo sé, dijo ella, y me miró muy fijamente a los ojos, creo que eso hizo, pero se dio la vuelta y llamó, eh, Tore, ven un momento. Un hombre que estaba al fondo del local se volvió hacia donde estábamos nosotros, en la barra. Era alto, mucho más alto que yo, y era fácil distinguirlo, pero no lo había visto nunca. Se abrió camino, despacio, seguía siendo alto cuando llegó hasta nosotros, y Randi dijo, Tore, este es Arvid Jansen, un amigo de toda la vida, estuvimos juntos en las Juventudes Rojas, madre mía, cuánto nos esforzábamos. Se rio, casi con crudeza, siempre me había gustado su risa, me parecía interesante. Le di la mano, hola, Tore, dije, y él la cogió, un apretón bastante flojo, si te digo la verdad, pero no dijo nada, se quedó parado, observándome desde los bajos del pantalón hasta el pañuelo amarillo, de arriba

abajo, y luego dijo sin mucho interés, ah del barco, dijo, ah del barco y a toda vela. Nos miramos de frente, la ironía se escapaba por sus ojos a borbotones, puede que estuviera algo borracho, supongo que yo también, después de tomarme una pinta, un Ballantine's doble y luego otro sencillo como poco iba contento. Me volví hacia Randi, ¿estáis juntos? Sí, dijo ella, Tore es mi marido, llevamos casados casi un año. Entonces no era eso lo que había pensado, que ella podía ser quien llenara mis vacíos, había estado tan seguro, pero, de todas maneras, dije, vaya bajón de mierda. Y me di la vuelta para marcharme, dije, adiós, Randi, ya nos veremos, y camino de la puerta me dieron un empujón fuerte en la espalda, caí hacia delante, pero no llegué a tocar el suelo, no había espacio suficiente, me di con la pinta de alguien, se me mojó el pelo de cerveza, me di la vuelta y vi a Tore, claro, ahora era aún más alto, dijo, capitán Pata Palo, no te acerques a mi mujer, ¿entendido? Me pasé la mano por el cabello lleno de espuma y recordé a un vecino que tuve de niño, dos adosados más allá, se llamaba Clausen, con C, se lavaba la cabeza con cerveza una vez a la semana, con cerveza negra, es por la vitamina B, solía decir, no podría pasar sin ella, deberías probarlo, Arvid, y no podrás pasar sin ella, te lo aseguro. Pero en voz alta dije: Randi no es mi tipo, y conseguí levantarme desde la posición de cuclillas. No me digas, dijo Tore, por qué no. Está casada, dije yo, contigo, es por el sabor, no podría. Esta vez caí al suelo, porque todos se apartaron un paso y me dejaron el espacio que necesitaba para aterrizar, nunca hubiera dicho que fuera posible, incluso alguien me abrió la puerta y me deseó: suerte, Knut Hamsun, donde sea que vayas, y ahora reconocí varias

caras, francas, bondadosas, habían formado parte de mi vida, la historia de mi vida, pero era evidente que ya no, y oí a Randi gritar, eh, Arvid, cuídate, y yo, imbécil de mí, grité mientras salía, gracias, igualmente.